

Amadísimos hermanos

No podemos ni debemos eludir un breve comentario acerca de la naturaleza de la festividad que celebra la Iglesia. Vamos a tomar como base de nuestras consideraciones el Evangelio que se lee en la Misa de hoy. Está tomado de S. Juan, testigo ocular de la escena que relata. Después que el Sanedrín le hubo condenado a muerte por haberse reconocido ante aquel tribunal supremo como Dios... "Te conjuro en nombre de Dios vivo que nos digas si tu eres el Mesías..." "Tu le dices: yo soy". Esta presunción era digna del supremo castigo y así le condenaron a muerte, pero estas penas de muerte no podían ejecutarse al menos que el pretor o gobernador romano no las ratificara y a esto obedeció el que le condujeron a Jesús al Pretorio de Pilatos, donde en lugar de presentar las conclusiones de sus cargos para que las estudiara y emitiera su sentencia, lo que hicieron es presentar nuevas acusaciones, que es lo mismo que iniciar un nuevo proceso.

Ellos para no contaminarse se quedaron en el exterior y le presentaron a Jesús diciendo... "a este hemos hallado revirtiendo a nuestra nación, y vedando dar tributo al Cesar y diciendo que él es Cristo Rey". Como si dijieran: es un agitador, es un revolucionario que no sabemos qué humos lleva en la cabeza, quiere pasar por Cristo Rey, por el Mesías...

Después que Pilatos hubo escuchado estas acusaciones, al parecer sin inmudarse mucho, se dirigió a Jesús y le dijo: Eres tu el Rey de los Judíos? A lo que Jesús respondió: "Dices tu esto por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?... "Mi reino no es de este mundo...."

"Luego tu eres Rey? - insistió Pilatos.

"Tu dices, que yo soy rey. Yo para éste nací y para éste vine al mundo, para dar testimonio de la verdad..."

--***

He ahí brevemente expuesta la escena Evangelica que se recoge en el Evangelio de hoy. Una escena de muchísima actualidad.

Yo quisiera que el recuerdo de aquel tribunal de Pilatos y la consideración de estas afirmaciones majestuosas de Cristo nos sirviera para hacernos cargo de lo que representa ello en nuestros tiempos.

... Qué vemos allí? Le vemos a Jesús desautorizado al calificarse de un vulgar agitador político. "Le hemos hallado revirtiendo a nuestro pueblo..."

La religión oficial, la religión judía, la única verdadera hasta este momento habíase amoldado a todas las concurrencias, a todos los intereses de forma que su práctica y ejercicio eran muy compatibles con los gustos de cada uno: nada imedia que uno mantuviera el odio o la soberbia o la ambición en su pecho: si cumplía con ciertos ritos, si era fiel a ciertas ceremonias podía pasar por muy religioso delante de todo el pueblo. Una religión anquilosada, una religión desnaturalizada, eso era la religión aquella.

Y Jesús, su predicación, sus enseñanzas, aquellas enseñanzas tan audaces, aquel sermón de la montaña, aquellas reflexiones sobre las riquezas, aquellas consideraciones sobre la rectitud de intención, la pureza interior, aquellos anatemas sobre la hipocresía y el orgullo religioso... a la verdad que eran como para perturbar la digestión de los satisfechos, de los escribas y fariseos que siempre andaban tras los primeros puestos, tras las consideraciones de los demás. Aquellas enseñanzas trastocaban sus ideas, surtían una verdadera revolución... No les faltaba razón para acusarle de perturbar el pueblo y en este sentido era verdadera la acusación, justificada la maldad.

Y a lo largo de la historia, en nuestros mismos días podría ser eterno el Jesús al tribunal de la opinión pública, pues su Evangelio es una condenación del statu quo, del conservadurismo, de los hechos consumados, es la turbación de los satisfechos, es la reclamación de los derechos de los desheredados, de los llamados por el mundo desafortunados y así aunque no se le acuse precisamente a Pilatos, sin embargo fácilmente nos desentomamos de él considerando esta parte de su mensaje y de su evangelio como una cosa infortunada, exagerada, violenta y así se llega a vivir un cristianismo que ya no es religión de Cristo, un cristianismo que ya no es religión auténtica, un cristianismo anquilosado, un cristianismo acomodaticio y los que en Cristo quieren reconocer a Dios tienen que hacudir hoy esa reli-

gión fácil, que nada cuesta, que solo se conforma con exterioridades.

Los que no practican integralmente, los que no aciertan en toda su amplitud: constituyen, aunque se llamen católicos, la turba de los acusadores de Cristo, la turba de los que le eliminan de la vida por indeseable.

"Tu eres rey?"

Así como dices, yo soy Rey. ...

Y quien le discutirá a Cristo las prerrogativas que como Dios y Creador le pertenecen?

El ejerce un dominio indiscutible: sobre los vivos y los muertos: sobre los que le acatan y los que le rechazan: la historia está dividida para siempre en dos bandos: en el bando de los que voluntariamente se someten a sus exigencias...

sobre la inteligencia... hay quienes...

sobre la conciencia... hay quienes...

sobre el corazón... hay quienes...

sobre la vida... hay quienes...

Y los que se enojan, los que no pueden dejar de ver que su cadáver, su recuerdo, su memoria es una memoria, un recuerdo o un cadáver que sigue estorbando, como decía un iraní.

Quienquiera que estudie la persona de Cristo y su influencia a lo largo de tantos siglos, quienquiera que considere a Cristo serenamente tiene que reconocer que es el Rey a cuya influencia nadie ha podido sustraerse.

"Pero mi reino no es de este mundo..."

No es un reino externo, un reino que se sostiene con la fuerza, un reino que ambiciona la gloria puramente terrena y material, un reino que busca bienes materiales, un reino que se complace con pleitesías externas.

Por eso, nos diría a nosotros, no me bastan grandes momentos y momentos si con ellos se trata de encubrir la pedredumbre pública y privada, no me bastan trenos en las salas, no me bastan las consagraciones solemnes si no contienen más que palabras que se lleva el viento.

"Yo a esto he venido: a dar testimonio de la verdad..."

El Evangelista dice que Pilatos extrañado dijo: y qué cosa es la verdad? Por lo visto había oído hablar de la fuerza, del poder, de la riqueza, por lo visto consideraba la verdad una cosa demasiado rara o platónica. La verdad?

Quien tiene hoy afán por la verdad, ansias de poseerla, inquietud por tenerla, quien sufre por falta de la verdad?

Comprendemos que pueda sufrirse por falta de pan, por falta de riquezas, por falta de la salud, por falta del amor, por falta de ciertas satisfacciones.... Pero la verdad?

Hoy nos arasionamos por el deporte, por la política, por el arte, todos por el deporte, algunas también por la política, otros menos por el arte. Hoy se conversa de todo esto, pero lo que es de la verdad o del error apenas nadie se preocupa, son cosas demasiado platónicas.

El síntoma más triste no es profesar erróneamente el error, pues si el error se profesara con interés, con afán, todavía cabría esperar algo. Lo más triste es no importarnos por la verdad, considerarlo como un artículo de lujo o poco menos.

Y así hoy nos conformamos en todo con opiniones. Es solo que más puede aspirar y llegar el hombre. Hebre con solo opiniones nada puede construir, nada puede edificar. Ya tiene bastante con guardar su equilibrio es como quien se sostiene sobre una esfera y por tanto no tiene estabilidad: falta la columna de la verdad, la estabilidad que da la verdad, la convicción.

Así fatalmente una civilización, un orden que carece de la posesión firme de la verdad está condenado a su ruina, necesariamente debe desahacerse.

Este es el signo de nuestros tiempos.

Hombres cañas, hombres sin consistencia, hombres víctimas de la angustia del vivir, hombres incapaces de edificar nada sólido y firme.

Es que Jesucristo es la piedra angular